

EL ARTISTA Y LA REALIDAD

JOSÉ MIGUEL PALACIO

POR AVELINA LÉSPER

La realidad no existe en el arte. La misión del artista no es reproducir la realidad en todos sus detalles, es reinterpretarla. Al llamar erróneamente “hiperrealismo” a un género pictórico, condenaron a las obras a ser sub observadas. Más allá de la capacidad técnica, la pintura exige una capacidad de observación y análisis. La exposición del maestro José Miguel Palacio es un ejemplo de este proceso.

SOBRE LA MIRADA

La realidad está ahí, nos atañe a todos, y es indiferente a nuestra presencia, es una fuerza en la que nada, ni nadie son necesarios. La mirada del artista lo sabe. Su deber es abstraer de ese gran todo el fragmento que le interesa, detenerlo para su lienzo. José Miguel Palacio, a pesar de la constante arquitectónica y urbana mantiene el misterio de dónde surge el deseo de elegir algo, una calle, un escaparate, un momento de la luz. Lo fotografía, sin embargo, es una referencia que olvida, lo que lleva a su pintura son elementos que la tecnología no puede captar: el tiempo y la atmósfera. Lo que Palacio estudia es el ambiente, crea el contexto de su propia presencia como observador y testigo.

SOBRE EL MOVIMIENTO

La ciudad no es estática, las construcciones no son inmóviles. La presencia del clima, la luz, la erosión del tiempo, el ser humano

impone una evolución constante, todo, lo más mínimo está en movimiento, es transitorio. Palacio pinta ese incesante devenir.

Se preocupa por darnos coordenadas de la ubicación, porque sabe que un paso atrás o unos minutos después el paisaje es diferente. Ese movimiento es una obsesión, se ve a lo largo de su cuerpo de obra. Los autobuses, que son simétricos al ángulo de un edificio, eso sucedió porque Palacio lo observó. Entendemos, así que la realidad en la pintura de Palacios es una invención, un análisis estético.

SOBRE LA PRECISIÓN

Eso no existe en la pintura de Palacio, existe el oficio y el virtuosismo, pero es en esencia pictórico. No busca que sus pinturas sean confundidas con una fotografía, busca que sean pictóricas, autorales, insustituibles. Las soluciones geométricas y de luces son gestuales, se siente la mano y la imaginación del pintor. El color es su versión del color que observa y recuerda. La abstracción de trasladar la escala del todo al lienzo obliga a Palacio a hacer uso de su memoria, la fotografía es una referencia limitada. Palacio elige espacios que conocer perfectamente, por los que ha caminado o visitado cientos de veces. Los podría pintar sin referencia alguna. Las obras de Palacio reúnen, como el diario de un poeta, las horas que él dedica a la recreación de sus propios pasos en el tiempo. En esa mirada hay emociones, la decisión de elegir un espacio en lugar de otro, una hora del día, es una decisión estética y emocional. Le gusta lo que elige, siente el placer de mirar, pero también, en cada obra se reta a sí mismo, aportando algo que lo obligue demostrarse que su pintura ha descubierto algo inédito, que la realidad le revela a él sus secretos.

SOBRE EL REFLEJO

La realidad no es suficiente para la obra de Palacio. Entonces busca el espejismo, porque el engaño está implícito. En sus pinturas además de la reinterpretación está la invención. Palacio incluye fragmentos que no existen y que él agrega para equilibrar la composición y ser el creador del espacio, para hacerlos únicos. Es cuando mira al

espejismo que la realidad le ofrece en ese diálogo que él mantiene como un juego y un reto. La curvatura de los cristales, que nos mete en el estanque de las sirenas. Altera la geometría, el volumen, espacios elásticos, mutables. La verdadera fascinación de Palacio está en engañarnos. Su virtuosismo se confabula con el oficio y nos envuelve, la luz raya a los metales, los escaparates ocultan mercancía para ser un eco lumínico.

DE LA LUZ Y LA SOMBRA

El Políptico de Madrid es un gran ejercicio de luz y sombra, el sol inclemente de Madrid, que cae para dibujar las sombras negras de la ciudad. Palacio mira la cabeza de Carlos III o La Cuadriga del edificio BBVA, la luz es cómplice de la pincelada. El cielo al fondo cea la ilusión de una escenografía, del teatro sobre el que la vida de un pintor deja sus historias. En los escaparates, en la arquitectura, en los trenes, Palacio persigue la luz que se convierte en un elocuente personaje. El color, hay cielos purpura, rosados, azul intenso, azul claro, el cielo es un espacio que se abre para alojar ese momento fugaz que ya es eterno en el lienzo.

SOBRE LA MEMORIA En conclusión, la obra de Palacio contiene su memoria, su obsesión por retar a su propio oficio y la casi urgencia por detener lo que él investiga: el espacio urbano es escenario y modelo. Trenes, automóviles, autobuses, la estética de la máquina, es la experiencia del pintor que se traslada para mirar, para convertir en pintura sus sensaciones. Ahora mismo la ciudad,

las escenas, las máquinas, los escaparates que Palacio pintó ya no son los mismos, han cambiado. Ese fenómeno sucedió en el instante mismo en que él inició cada pintura porque en el lienzo él reinventó lo que miró. La realidad de Palacio es su realidad, y si queremos conocerla no es visitando esos sitios, es observando su pintura. El punto de vista es escala humana, podemos imaginar al pintor de pie en frente de un escaparate mirando la luz, la transparencia y los

reflejos, regresar al estudio y buscar en su memoria lo que le sedujo y trabajar en eso, y aunque en apariencia lo que vemos es real, Palacio sabe que vemos años de trabajo, cientos de horas, y la perseverancia de vencer lo superficial para traernos lo que él como pintor ha creado. En esta época en que la presencia de lo real se reduce a la obviedad vulgar de un readymade, la pintura del maestro Palacio nos demuestra que la realidad no es suficiente para el arte, que es el artista y su oficio lo que crea el testimonio de la belleza de un devenir que se entrega para ser inmortalizado.